

LA MUERTE Y EL SENTIDO DE LA VIDA

Prof. Jorge Mendoza Valdebenito

Profesor en el Instituto De Ciencias Religiosas
de la Universidad Católica De Valparaíso

La semilla de eternidad que el hombre lleva en sí, la irrenunciable aspiración a vivir para siempre¹ se estrella contra

¹ «El hombre surge de la tierra y a la tierra retorne (cf. Gn 3, 19): este es el dato de la evidencia inmediata. Pero en el hombre hay una irrenunciable aspiración a vivir para siempre», *Tertio Millennio Adveniente* n° 19; «la vida del hombre proviene de Dios, es su don, su imagen e impronta, participación de su sopro vital. Por tanto, *Dios es el único señor de esta vida*: el hombre no puede disponer de ella», *Evangelium Vitae* n° 39. El primero de los textos reconoce explícitamente este deseo de vivir para siempre; el segundo se refiere a que el hombre no está creado para la destrucción o aniquilamiento. Tb. ALFARO, JUAN, *De la cuestión del hombre a la cuestión de Dios*, Sígueme, Salamanca, 1989 251, muestra como el temor de no vivir-más, supone el deseo, ontológicamente previo, de continuar viviendo; LAÍN ENTRALGO, P., *Antropología de la Esperanza*, Guadarrama, Barcelona, 1978 114, reflexiona sobre el traslado de este deseo de seguir siendo al deseo de que el fruto de sus acciones sea reconocido “para siempre”; GUERRA, MANUEL, *El enigma del hombre. De la antropología a la religión*, Universidad de Navarra, Pamplona, 1981 72, también se refiere al deseo de inmortalidad traslado al renombre y a la fama; ZUBIRI, XAVIER, *Sobre el hombre*, Alianza Editorial, Madrid, 1986 661, se refiere a la duración expresada en la “intercurrencia”: el hombre va pasando de una situación a otra; ARNAÍZ, JOSE M^º, *Antropología del obrar humano*, Paulinas, Chile, 1984 293, menciona la dialéctica que se crea «entre el sentimiento de falta y el deseo de superación de la finitud».

el hecho irrevocable de la muerte². Por más que la ciencia y la técnica modernas se empeñan en derrotar a la muerte y en calmar la ansiedad del hombre frente a ella, lo más que han logrado es postergar su momento (aumento de la longevidad). Pero no su desaparición; ella permanece como hecho ineludible. Tampoco logran suprimir el deseo del más allá que surge en el hombre. Por otra parte, eludir el tema de la muerte es escamotear la posibilidad de conferirle sentido a la vida, como veremos más adelante.

1) La consistencia de la muerte

Nuestra vida transcurre "entre" un "aun no éramos" y un "ya no seremos"³. Del mismo modo que no fuimos consultados al momento de nacer, nada de lo que hagamos podrá evitar el momento de morir. Esta es una constatación fenomenológica del hombre; en ella no hay todavía ningún elemento de fe que permita iluminar ni el hecho de la muerte ni la razón de vivir. Dejemos para más adelante la consideración religiosa, para un mejor entendimiento del fenómeno y de su explicación. Dejemos sí, en claro que no se nos da, en cada existencia particular, la posibilidad de elegir entre una vida sin muerte o una vida con muerte⁴; la única posibilidad que tenemos es vivirla en plenitud o negarnos a vivirla, lo que también es la muerte: «El máximo enigma de la vida humana es la muerte. El hombre sufre con el dolor y con la disolución progresiva del cuerpo. Pero

² "De este modo, mientras Israel reconoce el valor de su propia existencia como pueblo, avanza también en la *percepción del sentido y valor de la vida en cuanto tal*. Es una reflexión que se desarrolla de modo particular en los libros sapienciales, partiendo de la experiencia cotidiana de la *precariedad* de la vida y de la conciencia de las amenazas que la acechan", *Evangelium Vitae* n° 31; Tb. RUIZ DE LA PEÑA, J., *Imagen de Dios. Antropología Teológica Fundamental*, Sal Terrae, Santander, 1988 32.

³ Cfr. ALFARO, o.c., 15-16; ZUBIRI, o.c., 660; DE SAHAGÚN LUCAS, Juan, *Dios, horizonte del hombre*, BAC, Madrid, 1994 13; ARNAÍZ, o.c., 289.

⁴ Cfr. ARNAÍZ, o.c., 222.

su máximo tormento es el temor por la desaparición perpetua. Juzga con instinto certero cuando se resiste a aceptar la perspectiva de la ruina total y del adiós definitivo. La semilla de eternidad que en sí lleva, por ser irreductible a la sola materia, se levanta contra la muerte. Todos los esfuerzos de la técnica moderna, por muy útiles que sean, no pueden calmar esta ansiedad del hombre: la prórroga de la longevidad que hoy proporciona la biología no puede satisfacer ese deseo del más allá que surge ineluctablemente del corazón humano.»⁵

Volvamos a la vida marcada por estos dos límites, el nacer y el morir. El primero no nos causa mayores problemas, salvo cuando nos invade el deseo de no haber nacido, ya que es un hecho del que tenemos seguridad por su constatación empírica. Del pasado anterior a nuestro nacimiento podemos tener conocimiento a través de la historia, la que nos dará una razón más o menos satisfactoria del porqué de nuestra actual existencia. El punto problemático es querer saber qué hay después de la muerte⁶. Para algunos incluso es cuestionable tan siquiera la posibilidad de hablar de la muerte⁷, ya que quienes hablamos de ella no hemos tenido la experiencia y quienes la han tenido ya no hablan. El hombre, todo hombre quiere tener una certeza respecto de su devenir para tener un porvenir. No quiere sólo que las cosas ocurran, quiere tener en ellas una parte de decisión.

La muerte provoca la búsqueda de sentido de la vida⁸ para poder enfrentar el absurdo⁹ que la muerte introduce en

⁵ *Gaudium et Spes* n° 18.

⁶ Cfr. LAÍN ENTRALGO, *o.c.*, 148.

⁷ Cfr. DURRWELL, FRANCOIS XAVIER, *Cristo, el hombre y la Muerte*, Paulinas, Madrid, 1993 11-14.

⁸ Cfr. ARNAÍZ, *o.c.*, 201, se detiene a reflexionar sobre la insuficiencia del conocimiento científico que se limita a constatar sin llegar a explicar ni integrar el porqué.

⁹ Cfr. ALFARO, *o.c.*, 254, reflexiona sobre el "no-sentido" que significaría que la muerte fuera aniquilación definitiva; lo mismo hace HAEFFNER, GERD, *Antropología Filosófica*, Herder, Barcelona, 1986 193; ARNAÍZ, *o.c.*, 199, sitúa el absurdo en el obrar, en su carencia de sentido; DE SAHAGÚN, *o.c.*, 285-286.

la conciencia de vivir. Así como "queremos ser siempre", la muerte destruye la vida humana y nos pone ante el absurdo de vivir para morir. Desde una consideración meramente humana, nacimos para enfrentar la muerte. La libreta de matrimonio, tanto la civil como la religiosa, en la misma página en que se anota el nacimiento, tiene el espacio para anotar la defunción.

La vida del hombre es relación con los demás, nace de una relación y se mantiene por los vínculos¹⁰. Sin embargo, la muerte aparece destruyendo esta relación, haciendo aparecer un rasgo de la vida: la separatividad¹¹. Esta separatividad de la que tomamos conciencia nos muestra, además, otras dos características de nuestra existencia: la soledad¹² y lo irremplazable del "otro"¹³. Se muere en soledad absoluta¹⁴ y radical, nadie puede acompañarnos y a nadie podemos acompañar en ese momento. Podemos estar junto a un moribundo, pero no podemos compartir su experiencia de la muerte. Esta soledad no es sinónima de aislamiento de los demás, sino el simple hecho de que es algo personal, incomunicable.

La muerte nos muestra la vida en su irreversibilidad¹⁵ y a sí misma como inevitable. Con ella se marca el momento

¹⁰ «El hombre es una realidad singular (porque es "persona"), tiene una historia propia de su vida y sobre todo una historia propia de su alma. El hombre, que conforme a la apertura interior de su espíritu y al mismo tiempo a tantos y tan diversas necesidades de su cuerpo, de su existencia temporal, escribe esta historia suya personal por medio de numerosos lazos, contactos, situaciones, estructuras sociales que lo unen a otros hombres; y esto lo hace desde el primer momento de su existencia sobre la tierra, desde el momento de su concepción y de su nacimiento», REDEMPTOR HOMINIS n° 14; SAN MARTÍN, JAVIER, *Antropología y Filosofía. Ensayos programáticos*, Verbo Divino, 1995 234.

¹¹ Cfr. ARNAÍZ, o.c., 199; ALFARO, o.c., 239.

¹² Cfr. LARRAÑAGA, IGNACIO, *Del sufrimiento a la paz. Hacia una liberación interior*, Paulinas, Santiago, 1993, 16-17; ARNAÍZ, o.c., 222; ALFARO, o.c., 246-247.

¹³ Cfr. SAN MARTÍN, o.c., 234.

¹⁴ Cfr. ZUBIRI, o.c., 668; LÓPEZ MORENO, JOSE, "El dolor y el sufrimiento", en *Teología y Vida*, Vol. XXXV, 1994, n° 1-2, 52.

¹⁵ Cfr. ALFARO, o.c., 242.

definitivo¹⁶, último, de nuestra existencia. Después de ella ya no hay más existir; la muerte, en su ultimidad, es el momento en que somos definitivamente, ya que no hay más cambios posibles. El hombre ha ido desde la provisionalidad hacia lo definitivo. También nos muestra la constitutiva insuficiencia del hombre¹⁷, su incapacidad de ser autofundante, lo insuperable de no-existir-más. En esta incapacidad de autofundarse, de poder evitar la muerte, vuelve a aparecer la soledad, ya que aún en los momentos más exaltantes de comunión interpersonal, sabemos que ello no será-para-siempre y que en algún momento ya no estaremos. La vida nunca es plena, en cuanto está mordida por la muerte¹⁸. Esta experiencia anticipada de la muerte es la experiencia más honda de amenaza de la nada¹⁹ y la que nos lleva a preguntarnos si no es un absurdo el vivir.

Al llegar al momento de no existir más, el hombre es escindido intrínsecamente, dado que no es solamente alma, sino alma-cuerpo esencialmente unidos. Sobre este punto volveremos más adelante, cuando veamos en qué consiste la esperanza del cristiano. La muerte, siguiendo con nuestra descripción del fenómeno, des-mundaniza y des-temporaliza²⁰ al hombre. Para

¹⁵ Cfr. ALFARO, *o.c.*, 242.

¹⁶ «Aunque la muerte no es pues un sufrimiento en el sentido temporal de la palabra, aunque en cierto modo se encuentra más allá de todos los sufrimientos, el mal que el ser humano experimenta contemporáneamente con ella, tiene un carácter definitivo y totalizante», *Salvifici Doloris* 15; ALFARO, *o.c.*, 242; ZUBIRI, *o.c.*, 664 a 668.

¹⁷ Cfr. ALFARO, *o.c.*, 15-16 y 246-247. El autor se refiere a la toma de conciencia de esta característica de la vida a partir de la pre-vivencia de la muerte; DE SAHAGÚN, *o.c.*, 15-16.

¹⁸ Cfr. ALFARO, *o.c.*, 247.

¹⁹ Cfr. ALFARO, *o.c.*, 246 y 254; HAEFFNER, *o.c.*, 193; LAÍN ENTRALGO, *o.c.*, 148; DE SAHAGÚN, *o.c.*, 268-269 y 271-271; COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, «Algunas cuestiones actuales de escatología», en *Teología y Vida*, Vol. XXXIII, 1992, nº 3-4, 145.

²⁰ Cfr. RUÍZ DE LA PEÑA, *o.c.*, 136: «(...) la muerte des-mundaniza y des-temporaliza al hombre, le sustrae del ámbito espacio temporal que lo constituía».

él la vida ya no es más existir, ya no hay más dónde ir ni qué hacer. Escapó a las coordenadas a las que estaba habituado y ello lo deja nuevamente en situación de perplejidad.

2) Lo problemático de la muerte

La muerte, decíamos, angustia al hombre al negarle saber sobre su futuro, ya que puede dejar de ser y ello lo deja frente a la incertidumbre sobre la continuidad de su ser. Si la muerte fuera el hundimiento de la persona humana en la nada, se impondría la conclusión de que la vida humana, como totalidad, carece de sentido, sería absurda, sería caminar hacia el no sentido. En otras palabras sería una crueldad, y no un don, el haber recibido la vida para luego perderla.

Estas consideraciones sobre la impotencia del hombre para evitar la muerte, y con ella la incertidumbre sobre su continuidad, lo ponen en la alternativa de esperar más acá de la muerte o esperar más allá de ella²¹. La posibilidad de vivir la libertad y el amor, se ven limitados por la finitud de los seres y de uno mismo. El hombre barrunta que debe haber una dimensión que supere los límites restringidos de la existencia personal e histórica, y en este barruntar llega a la pregunta religiosa.

El hombre, que quiere seguir siendo siempre, ve que la muerte le vuelve problemático este "siempre"; se lo cuestiona, lo relega al dominio de la creencia y de la confianza en promesas que no tienen comprobación empírica.

La angustia que nos atenace frente a la muerte nace del encuentro entre el temor y la esperanza²². La pre-vivencia

²¹ Cfr. ALFARO, *o.c.*, 240-241, 251 y 251; ARNAÍZ, *o.c.*, 331; GUERRA, *o.c.*, 223; DE SAHAGÚN, *o.c.*, 287-288.

²² Cfr. ARNAÍZ, *o.c.*, 221-222, explica la angustia por la trascendencia que desea el hombre y que lo puede llevar tanto a abrirse a Dios como al encerrarse en sí mismo; ALFARO, *o.c.*, 251, ve la angustia, el temor, en los que tienen deseos y esperanzas; LAÍN ENTRALGO, *o.c.*, 133 y 142, también ve la desesperación en el esperar temiendo que lo esperado "no será"; LEEP, IGNACE, *La Existencia auténtica*, Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1977 197: «(...) la angustia nace del encuentro, en el mismo sujeto, del temor y la esperanza»; ZUBIRI, *o.c.*, 658.

de la muerte es contradictoria: se la piensa y al mismo tiempo se la tiene que olvidar para no paralizarse; en algunos se la aguarda, pero se espera que aún no venga; cuando se la ve venir, junto con el miedo y la repugnancia hacia ella, se la puede aceptar, con alegría y hasta con deseo²³. Para los cristianos ella no deja de ser angustiada²⁴, precisamente porque su carácter cristiano no suprime su humanidad. Sólo que en el creyente la angustia no lo lleva a la desesperación, sino a confiar con la esperanza en las promesas de Dios.

En estricto rigor, sólo el hombre muere²⁵, sólo él es capaz de morir personalmente y con conciencia del hecho. Por eso,

²³ Las actitudes ante la muerte las analiza ZUBIRI, *o.c.*, 668 a 669, y ellas van desde la pasividad resignada hasta el enfrentamiento.

²⁴ «Pero antes de emprender esta tarea hay que describir los principales elementos de los que parecen proceder las ansiedades actuales. Hay que reconocer que, en nuestros días, la fe de los cristianos se ve sacudida no sólo por influjos que deban ser considerados externos a la Iglesia. Hoy puede descubrirse la existencia de una cierta "penumbra teológica". No faltan algunas nuevas reinterpretaciones de los dogmas que los fieles perciben como si ellas pusieran en duda la misma divinidad de Cristo o la realidad de su resurrección. Los fieles no reciben de ellas apoyo alguno para la fe, sino más bien ocasión para dudar de otras muchas verdades de la fe. La imagen de Cristo que deducen de tales reinterpretaciones no pueden proteger su esperanza», COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *o.c.*, 194; «La repugnancia que el hombre experimenta ante la muerte y la posibilidad de superar esa repugnancia constituye una actitud característicamente humana, completamente diversa de la de cualquier animal. De este modo, la muerte es una ocasión en la que el hombre puede y debe manifestarse como hombre. El cristiano puede, además, superar el temor de la muerte, apoyado en otros motivos», *Ibidem* 210; LEEP, *o.c.*, 197.

²⁵ Cfr. GUERRA, *o.c.*, 41; el autor se refiere a que el hombre es el único ser vivo que toma conciencia de la muerte: «Sin la presencia solapada de la muerte, tal vez la división del tiempo en ayer, hoy y mañana, con su alcance preciso en la ordenación de todo quehacer, de toda responsabilidad, de toda ética, o sea, lo humano propiamente no existiría. Los animales ignoran su muerte, más bien terminan y no mueren; la muerte no alienta el corazón de su alma y por eso viven en una mera sucesión de presentes, sin que ninguna se convierta para ellos en pretérito o porvenir», ROA, ARMANDO, «Ética de la muerte y el morir», en *El dolor, la muerte y el morir*, Tulio Pizzi et al., Mediterráneo, 2001, 190,

para el cristiano la muerte tiene una solución, una respuesta en la fe. El cristiano no vive para morir; al revés, pone la muerte al servicio de la vida porque es apasionado de ella (también los mártires)²⁶. Ante la insuficiencia de sus respuestas, el cristiano, así como cualquier otro creyente, pone su confianza en Dios²⁷. Esta confianza es la que lo lleva a la esperanza²⁸, a un esperar que no se agota en lo intramundano sino que trasciende todas las opciones mundanas para quedar siempre abierto a un más allá de toda meta lograda. Cada acto del hombre, cada logro de su existencia está marcado por la penúltimidad²⁹, siempre

²⁶ Cfr. LEEP, *o.c.*, 200. El autor, al referirse a los mártires, ve en ellos no el deseo de la muerte sino de una vida con sentido.

²⁷ «La fe y la esperanza nos enseñan otro rostro de la muerte. Jesús asumió el temor de la muerte a la luz de la voluntad del Padre (cf. Mc 14,36)(...) La ventaja de esta vida consiste en que "habitamos en el cuerpo" y así tenemos nuestra plena realidad existencial; pero con respecto a la plena comunión posmortal "vivimos lejos del Señor" (cf. 2 Cor 5,6). Aunque por la muerte salimos de este cuerpo y nos vemos así privados de nuestra plenitud existencial, la aceptamos de buen ánimo, más aún, podemos desear, cuando ella llegue, "vivir con el Señor" (Cor 5,8). Este deseo místico de comunión posmortal con Cristo, que puede existir con el temor natural de la muerte, aparece una y otra vez en la tradición espiritual de la Iglesia, sobre todo en los santos, y debe ser entendido en su verdadero sentido. Cuando este deseo lleva a alabar a Dios por la muerte, esta alabanza no se funda, en modo alguno, en una valoración positiva del estado mismo en que el alma carece de cuerpo, sino en la esperanza de poseer al Señor por la muerte. La muerte se considera entonces como puerta que conduce a la comunión posmortal con Cristo, y no como liberadora del alma con respecto a un cuerpo que le fuera una carga», COMISIÓN, *o.c.*, 210-211.

²⁸ Cfr. ARNAZ, *o.c.*, 261; ALFARO, *o.c.*, 240-241 y 250-251; LAÍN ENTRALGO, *o.c.*, 10-11, 133 y 142; GEVAERT, JOSEPH, *El problema del hombre. Introducción a la Antropología Filosófica*, Sígueme, Salamanca, 1991, 31.

²⁹ «El hombre está llamado a una plenitud de vida que va más allá de las dimensiones de su existencia terrena, ya que consiste en la participación de la vida misma de Dios. Lo sublime de esta vocación sobrenatural manifiesta la grandeza y el valor de la vida humana incluso en su fase temporal(...) Al mismo tiempo, esta llamada sobrenatural subraya precisamente el *carácter relativo* de la vida terrena del hombre y de la mujer. En verdad, esa no es la realidad "última", sino "penúltima"; es realidad sagrada, que se nos confía para que la custodiamos con sentido de responsabilidad y la llevemos a perfección en el amor y en el don de nosotros mismos a Dios y a los hermanos», *Evangelium Vitae* 2; ALFARO, *o.c.*, 241; ZUBIRI, *o.c.*, 659.

habrá un desnivel entre lo que el hombre alcanza y su aspiración hacia el porvenir. El hombre espera porque no puede vivir sin esperar³⁰.

La muerte, como lo último de la vida humana, se presenta como la cuestión del sentido último, como cuestionamiento radical del sentido de la vida: «pretender vivir como si no hubiéramos de morir, sería una ilusión alienante(...)»³¹

3) La esperanza y el sentido de la vida

Ante la muerte surge en el hombre la pregunta sobre el significado último y definitivo de su existencia. Esta pregunta lo pone en la búsqueda de una respuesta sobre la libertad definitiva, sobre el fundamento eterno del amor, sobre la razón definitiva de esperar³².

Un primer acercamiento nos revela que si pensamos en la muerte, ello ocurre para comprender nuestra vida, nuestra incompletez e inacabamiento, nuestra proyección hacia el porvenir, que la pregunta la hacemos desde nuestra condición de vivientes y no desde el más allá de la vida. En síntesis, nos preguntamos sobre la muerte no por simple curiosidad, sino por lo acuciante que es su presencia en nuestras vidas³³. De esta preocupación que engloba el vivir nos da cuenta JUAN PABLO II en *Fides et Ratio*: «Por lo demás, una simple mirada a la historia antigua muestra con claridad como en distintas partes de la tierra, marcadas por culturas diferentes, brotan al

³⁰ Cfr. ALFARO, o.c., 251; LAÍN ENTRALGO, o.c., 11; DE SAHAGÚN, o.c., 285.286, se refiere a la no esperanza de los ateos.

³¹ Cfr. ALFARO, o.c., 239.

³² Cfr. CORETH, EMERICH, *¿Qué es el hombre? Esquema de una antropología filosófica*, Herder, Barcelona, 1985 248-249; DE SAHAGÚN, o.c., 7, 11-12, 13, 301.

³³ «(...) la creación del hombre a imagen de Dios para un destino de vida plena y perfecta, está como en contradicción con la experiencia lacerante de la muerte que entra en el mundo y oscurece el sentido de la existencia humana(...)», *Evangelium Vitae* 7; ALFARO, o.c., 249.

mismo tiempo las preguntas de fondo que caracterizan el recorrido de la existencia humana: ¿quién soy? ¿de dónde vengo y a dónde voy? ¿por qué existe el mal? ¿qué hay después de esta vida? Estas mismas preguntas las encontramos en los escritos sagrados de Israel, pero aparecen también en los Veda y en los Avesta; las encontramos en los escritos de Confucio y Lao Tze y en la predicación de los Tirthankara y de Buda; asimismo se encuentran en los poemas de Homero y en las tragedias de Eurípides y Sófocles, así como en los tratados filosóficos de Platón y Aristóteles. Son preguntas que tienen su origen común en la necesidad de sentido que desde siempre acucia el corazón del hombre: de la respuesta que se dé a tales preguntas, en efecto, depende la orientación que se dé a la existencia»³⁴.

En una segunda constatación descubrimos que la muerte, en su negatividad (no-más-existir) tiene la función positiva de conferir a la existencia humana las dimensiones de totalidad y ultimidad³⁵: hace que los momentos temporales de la existencia sean irreversibles e irrepetibles³⁶, ya que cada uno acontece por primera y por última vez. Esto hace que las opciones de nuestra libertad no sean meramente una sucesión sin conexión, sino una integración que afecta la totalidad de nuestro ser y de nuestra historia personal. La muerte permite

³⁴ *Fides et Ratio* 1.

³⁵ Cfr. ALFARO, o.c., 17 y 240-241; ARNAIZ, o.c., 222.

³⁶ «El ser miembros de la Iglesia no suprime el hecho de que cada cristiano sea un ser "único e irrepetible", sino que garantiza y promueve el sentido más profundo de su unicidad e irrepetibilidad, en cuanto fuente de variedad y de riqueza para toda la Iglesia(...) De esta manera cada uno, en su unicidad e irrepetibilidad, con su ser y con su obrar, se pone al servicio del crecimiento de la comunión eclesial; así como, por otra parte, recibe personalmente y hace suya la riqueza común de toda la Iglesia», *Christifideles Laici* 28; «Y se trata precisamente de cada hombre de este planeta, en esta tierra que el Creador entregó al primer hombre, diciendo al hombre y a la mujer: "henchid la tierra; sometedla"; todo hombre en su irrepetible realidad del ser y del obrar, del entendimiento y de la voluntad, de la conciencia y del corazón», *Redemptor Hominis* 14; ALFARO, o.c., 242 y 259; COMISIÓN... o.c., 218.

salirse de la trivialidad y dar a la vida la intensidad exigida para ser auténtica. La muerte le da significación a la vida³⁷.

Una tercera constatación es que la razón no puede demostrar la supervivencia del hombre más allá de la muerte. La ultratumba es inaccesible a la razón³⁸. Sólo la esperanza supera al conocimiento racional; sin ella la vida carecería de sentido. Sólo el creyente descubre el valor de la esperanza.

Para el que tiene fe el más allá y la muerte que lo hace posible, no son una incógnita, aún cuando su naturaleza humana siga teniendo la repugnancia por la muerte. Para el cristiano la muerte es un pasaje, es un nuevo nacer³⁹. La razón de su esperar está en las promesas de Dios, en alcanzar la paz, el sosiego que no podemos alcanzar en forma definitiva en esta vida. El fundamento de nuestra esperanza es Dios mismo y la encarnación y resurrección de Cristo. «Sin la afirmación de la resurrección de Cristo la fe cristiana se hace vacía»⁴⁰ (1 Cor. 15,14). Él es el fundamento de nuestra esperanza, sin tal esperanza sería imposible llevar adelante una vida cristiana.

Cristo viene a restablecer el acceso al bien definitivo: la vida eterna. Arroja una nueva luz en la dimensión histórica y temporal del hombre, sin eliminar el dolor y el sufrimiento a que Él mismo aceptó someterse, resituándolos en el plano de la conversión-rendición y llamando la atención sobre su

³⁷ Cfr. ALFARO, *o.c.*, 239; HAEFFNER, *o.c.*, 198; LEEP, *o.c.*, 194-196; ZUBIRI, *o.c.*, 662; GUERRA, *o.c.*, 42-43; DE SAHAGÚN, *o.c.*, 3, 14 y 302. Los autores aquí citados son coincidentes en torno a la idea de la intensidad que cobra el vivir frente a la reflexión sobre la muerte.

³⁸ Cfr. ALFARO, *o.c.*, 254; LEEP, *o.c.*, 198.

³⁹ «La labor educativa debe tener en cuenta también el sufrimiento y la muerte. En realidad forman parte de la experiencia humana, y es vano, además de equivocado, tratar de ocultarlos o descartarlos. Al contrario, se debe ayudar a cada uno a comprender, en la realidad concreta y difícil, su misterio profundo. El dolor y el sufrimiento tienen también un sentido y un valor, cuando se viven en estrecha relación con el amor recibido y entregado», *Evangelium Vitae* 97; LEEP, *o.c.*, 195, presenta a la muerte como un pasaje, «el pasaje de la vida en el tiempo a la vida en la eternidad».

⁴⁰ 1 Cor. 15,14.

implicación con el pecado⁴¹. Cristo se acercó incesantemente al mundo del sufrimiento humano, tanto del cuerpo como del alma, e «instruía, poniendo en el centro de sus enseñanzas las ocho bienaventuranzas, que son dirigidas a los hombres probados por diversos sufrimientos en su vida temporal»⁴².

Sin embargo, el mundo actual, secularista, pone obstáculos a la fe cristiana, por una visión autonomista del hombre y del mundo, que prescinde o niega la dimensión del misterio⁴³, ya que sólo reconoce como válido aquello que puede entender por la razón. Por ello que se empeña en la construcción de una escatología intramundana, en un construir el Reino de Dios ya dentro de nuestra historia, convirtiendo al hombre, y no a Dios, en el Mesías.

Parece ser que lo que define la consistencia de una cultura o de una sociedad, es la forma cómo resuelve el enigma respecto del significado de la muerte. Se le puede ignorar como si no existiera, se la puede relegar al plano individual y privado, se la puede ensalzar como donación a una causa (Estado, ideología, fe, etc.) o la puede integrar a su reflexión sobre el sentido. El cristiano debe reconocer la necesidad de una pedagogía de la muerte⁴⁴ que le permita integrar en su desarrollo también el término de la vida.

Para concluir, una reflexión sobre la resurrección. El cristianismo es promesa de resurrección del cuerpo. Si el cuerpo

⁴¹ Cfr. *Salvifici Doloris* 15.

⁴² *Ibidem.* 20.

⁴³ Como contraposición a la actitud del mundo moderno se pone la fe de Israel para aceptar el misterio, Cfr. *Evangelium Vitae* 31; COMISIÓN, o.c., 194; SAN MARTÍN, o.c., 235; DE SAHAGÚN, o.c., 15-16; AZCONA, JESÚS, *Para comprender la antropología*, Verbo Divino, Navarra, 1987 2. 128.

⁴⁴ Cfr. *Evangelium Vitae* 92 y 97. Este último párrafo dice: «(...) La labor educativa debe tener en cuenta también el sufrimiento y la muerte. En realidad forman parte de la experiencia humana, y es vano, además de equivocado, tratar de ocultarlos o descartarlos. Al contrario, se debe ayudar a cada uno a comprender, en la realidad concreta y difícil, su misterio profundo. El dolor y el sufrimiento tienen también un sentido y un valor, cuando se viven en estrecha relación con el amor recibido y entregado(...)»; SAN MARTÍN, o.c. 251, habla de la necesidad de volver a socializar o reculturizar a la muerte; COMISIÓN, o.c., 194.

fuera cárcel del alma como algunos afirma; ¿no sería un contrasentido que el premio fuera volver a encarcelarnos?

4) Ser que se pregunta

Experimentar la finitud, el dolor, así como el amor, la alegría, el sentirse vivo como el tener la experiencia previa de la muerte⁴⁵, hace que el hombre se pregunte sobre sí mismo y sobre su lugar en la creación⁴⁶. Ante el preguntar, el hombre llega a constatar el punto en que es capaz de formular la pregunta; pero, al mismo tiempo, no es capaz de formular la respuesta adecuada. En este sentido, del mismo modo que la vida no es autofundante, tampoco lo es su capacidad de respuesta⁴⁷. El hombre encuentra su propio límite ante las preguntas últimas que formula.

Otras preguntas que acucian al hombre tienen referencia de su entorno y a la evolución presente del mundo. Curiosamente este preguntar no es sólo curiosidad sino también expresión y miedo y temor frente a sus propios avances científicos y tecnológicos⁴⁸: «El hombre actual parece estar

⁴⁵ Cfr. GEVAERT, *o.c.*, 21, el preguntar se refiere a una dimensión que «supera por todas partes los límites restringidos de la existencia personal e histórica(...)»; CORETH, *o.c.*, 20-30: «(...) sólo el hombre se encuentra inmerso en la posibilidad y necesidad de preguntar. Es el distintivo peculiar de su forma de ser(...)»

⁴⁶ Cfr. GEVAERT, *o.c.*, 21.

⁴⁷ Cfr. GEVAERT, *o.c.*, 19-21; Coreth, *o.c.*, 29-32.

⁴⁸ «El género humano se halla hoy en un período nuevo de su historia, caracterizado por cambios profundos y acelerados, que progresivamente se extienden al universo entero. Los provoca el hombre con su inteligencia y su dinamismo creador; pero luego recaen sobre el hombre, sobre sus juicios y deseos individuales y colectivos, sobre sus modos de pensar y sobre su comportamiento para con las realidades y los hombres con quienes convive. Tan es así esto, que se puede ya hablar de una verdadera metamorfosis social y cultural, que redundará también en la vida religiosa. Como ocurre en toda crisis de crecimiento, esta transformación trae consigo no leves dificultades. Así, mientras el hombre amplía extraordinariamente su poder, no siempre consigue someterlo a su servicio», *Gaudium et Spes* 4.

siempre amenazado por lo que produce, es decir, por el resultado del trabajo de sus manos y más aún por el trabajo de su entendimiento, de las tendencias de su voluntad. Los frutos de esta múltiple actividad del hombre se traducen muy pronto y de manera a veces imprevisible en objeto de "alienación", es decir, son pura y simplemente arrebatados a quien los ha producido; pero, al menos parcialmente, en la línea directa de sus efectos, esos frutos se vuelven contra el hombre mismo; ellos están dirigidos o pueden ser dirigidos contra él. En esto parece consistir el capítulo principal del drama de la existencia humana contemporánea en su dimensión más amplia y universal. El hombre por tanto vive cada vez más en el miedo. Teme que sus productos, naturalmente no todos y no la mayor parte sino algunos y precisamente los que contienen una parte especial de su genialidad y de su iniciativa, puedan ser dirigidos de manera radical contra él mismo; teme que puedan convertirse en medios e instrumentos de una autodestrucción inimaginable, frente a la cual todos los cataclismos y las catástrofes de la historia que conocemos parecen palidecer». ⁴⁹

El preguntar, entonces, se vuelve una actividad que preocupa; por lo mismo, no siempre es debidamente atendida por la angustia que genera, y, sin embargo, es una actividad que no se puede evitar: «Si para llevar a cabo el desarrollo que necesitan técnicos, cada vez en mayor número, para este mismo desarrollo se exige más todavía pensadores de reflexión profunda que busquen un humanismo nuevo, el cual permita al hombre moderno hallarse a sí mismo, asumiendo los valores superiores del amor, de la amistad, de la oración y de la contemplación» ⁵⁰.

Si en algunos casos ignoran la pregunta, en otros casos los hombres sacralizan las respuestas para evitar el esfuerzo y la angustia que generan. Si los hombres tienen respuestas es que en algún momento se hicieron las preguntas correspondientes. El que hayamos olvidado las preguntas para quedarnos sólo con las respuestas sólo indica que las soluciones o las respuestas tuvieron tal valor que las hemos integrado a la cultura. Sin

⁴⁹ *Redemptor Hominis* 15.

⁵⁰ *Populorum Progressio* 20.

embargo, siempre seremos urgidos a volver a las preguntas para ver con nuevos ojos las respuestas que hemos ritualizado.

El conocer otras respuestas a las mismas interrogantes, que cada generación y cada hombre vuelve a hacerse, no constituye la respuesta personal que cada uno de nosotros necesita. Las respuestas de otros hombres, pensadores, filósofos, santos, nos dan pistas, valiosas, pero no llegan a constituir por sí solas la respuesta que necesitamos. Ningún hombre está eximido de tener que elaborar sus propias respuestas, sus propias opciones⁵¹. El que los adultos de una sociedad ya sepan cómo caminar, no exime a los infantes de tener que pasar por el mismo proceso de aprender a caminar.

Para la sociedad, el que cada generación debe volver a repensar y a cuestionar las respuestas que le dan certezas, tiene un costo en esfuerzo y en reconocer en sus respuestas de la precariedad que le es propia. La tentación de sacralizar las respuestas, para garantizar la estabilidad, más bien suele tener el efecto de trivializarla y así exponerla a no tener capacidad de respuesta frente a los nuevos desafíos que debe enfrentar ineludiblemente.

5) La muerte en la sociedad contemporánea

La dificultad de la sociedad contemporánea para enfrentar e incorporar el tema de la muerte deriva de las implicancias que tiene en ella la cultura moderna. Sin entrar a detallar en este caso las distintas formas en que el hombre ha enfrentado el tema de la muerte a través de la historia, es de hacer notar que estamos en una nueva época que tiene un acercamiento distinto al tema.

Sumariamente, la cultura moderna tiene varias características que incidirán en las actitudes frente al término de la existencia y que marcan a los individuos en su propia asimilación del hecho ineludible que es el tener una vida limitada. La primera característica que es necesario mencionar tienen que ver con la confianza que el hombre es capaz, a través de su inteligencia, de dominar su entorno, la naturaleza, y dirigir, en

⁵¹ Cfr. GEVAERT, *o.c.*, 19; CORETH, *o.c.*, 32.

un acto de supremo voluntarismo, los destinos de su vida. Ya no se acepta a secas la fatalidad del destino y el hombre adopta para sí el mito prometeico. El hombre contemporáneo quiere tener la capacidad de decidir sobre todo lo que le concierne, incluso sobre la duración de su vida y sobre la calidad de la misma. Este afán de dominación se ve facilitado por los fuertes avances científicos y por su expresión tecnológica⁵² que, a su vez, expresa los pretendidos valores de eficiencia y hedonismo. La naturaleza, en la que se incluye al hombre mismo, debe ser sometida ya que esa es la acepción de dominio que va en la lógica de la cultura moderna. No es el cuidado, el señorío como preocupación por el bien de los demás y del entorno la forma en que se entiende el dominio, sino la perfecta sumisión de la naturaleza y de sus procesos a la voluntad, pretendidamente racional, la que prima en sus actitudes y decisiones.

Una segunda característica que incide en la nueva forma de enfrentar la muerte tiene que ver con la confianza depositada por el hombre en la ciencia y en su aplicación tecnológica. La ciencia, y especialmente la tecnología, se han convertido en los nuevos dioses proveedores de la vida y de sus condiciones. Sin embargo, a pesar del deseo de ilimitación que alienta en ambas, no han podido superar la limitación que significa la muerte. Ella marca la limitación, la negación de la posibilidad⁵³

⁵² Para algunos autores se ha dado, sin embargo, «una inversión del peso relativo de la ciencia y la tecnología hasta el punto de prevalecer esta última sobre la ciencia, con lo cual se ha modificado la comprensión del significado y el valor de ambas en la sociedad», SERRA, ANGELO, “Las biotecnologías y las expectativas del hombre” en *Humanitas*, N° 16, 1999 585.

⁵³ «La angustia, que para Heidegger sería lo que nos lleva a visualizar lo más profundo de lo que somos, deriva del estremecimiento que nos provoca el divisar la muerte en ciertos instantes privilegiados agazapada en nuestro centro mismo como nuestra más radical posibilidad, la única que no podremos evitar y que una vez realizada deja cerrado el paso a toda otra posibilidad, o sea, a nuestra naturaleza misma, pues nuestra naturaleza consiste en ser un puro semillero de posibilidades a ejecutar. La muerte entonces es para él, la posibilidad de la imposibilidad, y es la única posibilidad ineludible, llegando siempre a tiempo venga cuando venga»; ROA, ARMANDO, “Ética de la muerte y el morir”, en *El Dolor, la muerte y el morir*, Tulio Pizzi et al. Mediterráneo, Universidad de Chile, 2001 196.

de seguir en forma ilimitada en el camino expansivo de la historia humana y, en este sentido, marca el fracaso de la ciencia y de la tecnología.

Finalmente, dos características fuertemente unidas: el individualismo y la libertad. El hombre moderno se constituye a partir de la afirmación egológica⁵⁴, que pone en el centro de la interpretación del mundo y de la construcción de la realidad al individuo desvinculado del "otro". El hombre es un ser individual más que personal y esto lo arroja por un camino marcado por la soledad profunda durante su vivir y, especialmente, al momento del morir. Por otra parte, la libertad tiende más bien a la autonomía, a la capacidad de generar su propio destino que a aceptar el compromiso que limita su capacidad de elegir y de aceptar los procesos naturales de su vida. El hombre, una vez más, ve en la muerte una limitación, un salirse de la normalidad que es decidir a cada instante según su voluntad.

Como consecuencia de estas características de la cultura contemporánea la muerte resulta un hecho que marca el fracaso de la ciencia y de la tecnología y, por lo tanto, es rechazada, es considerada como un obstáculo por vencer más que como un proceso, o un hecho, propio de la vida. La muerte no es el

⁵⁴ «La antropología moderna a partir de Descartes está fuertemente caracterizada por el hecho de que el hombre es visto ante todo y prevalentemente en su relación con el mundo material. Además el hombre moderno es ampliamente interpretado como individuo solitario, encerrado en sí mismo y aislado de los demás. No es que se niegue, como es obvio, la coexistencia con los demás, pero no se la valora; más aún, no parece tener importancia para la comprensión del misterio del hombre. Esta antropología del yo solitario (**egología**), orientado hacia el conocimiento científico y el dominio técnico del mundo, presenta dos líneas de desarrollo: por un lado la línea racionalista e idealista, que absolutiza la importancia de la conciencia que "piensa" al mundo y minimiza la densidad del mundo material y el valor del cuerpo; por otro lado la línea empirista, que absolutiza la importancia del mundo material y del cuerpo, minimizando a su vez la densidad y la consistencia de la conciencia», GEVAERT, o.c., 32.

punto culminante de la existencia, sino la negación de ella. De allí varias consecuencias prácticas como el "enseñamiento terapéutico"⁵⁵, que no es otra cosa que la expresión de esta lucha por vencer a como haya lugar el final de la vida. En este enseñamiento terapéutico se termina por objetivizar al "paciente", por enajenarlo de la toma de decisiones sobre su propia vida. Curiosamente, en la lucha por lograr independizarse de la fatalidad de la muerte se termina sometiendo al moribundo a la voluntad de otros ajenos a él y a su entorno familiar⁵⁶. La muerte ya no es considerada como la culminación de un ciclo, y por lo tanto parte integrante de la vida, sino como una deserción de la misma. Ante esta situación se hace cada vez más apremiante, como uno de los problemas bioéticos por tratar, el tema de la reivindicación de una muerte digna, es decir una muerte "no medicalizada", entendiendo esta última como una inversión de los propósitos de la misma: ayuda al enfermo y no expresión de poder de la tecnociencia sobre el proceso de la muerte. Una manifestación sobre este deseo de dominar la muerte se encuentra nítidamente expresado en la problemática planteada por la eutanasia, la que es reivindicada tanto como un derecho a disponer, sino de la vida,

⁵⁵ «El enseñamiento terapéutico suele ser definido como una práctica médica abusiva derivada directamente de las posibilidades de la tecnología y de injerencias desmesuradas en la vida del enfermo. El problema del enseñamiento terapéutico remite pues a la cuestión fundamental de la finalidad del gesto terapéutico que, esencialmente, siempre debe buscar el bien de la persona. Cuando el tratamiento médico se convierte en un fin en sí, el ser humano sólo puede salir perjudicado porque se le ignora(...)», BAUDOUIN, JEAN LUIS y BLONDEAU, DANIELLE, *La ética ante la muerte y el derecho a morir*, Herder, 1995 95.

⁵⁶ «Debe someterse a la voluntad soberana de la medicina que orquesta el morir, domina la muerte y juzga el grado de morbidez. Sometido a otros, es desposeído de su libertad de ser, es decir, de su libertad de vivir su propia muerte. Su voluntad es sustituida por la de los demás que le niegan el poder de actuar sobre sí mismo. Mutilado, alienado, subyugado a la voluntad soberana y privado por partida doble de una parte de sí mismo -de su vida, que debe abandonar, y de su muerte, que debe sacrificar- el moribundo corre el riesgo de ser completamente desposeído», *Ibidem.*, 69.

al menos del instante en que la muerte ocurra, es un anticipar y burlar el dolor y el sufrimiento⁵⁷.

Paralelo a este aspecto de lucha contra la muerte se genera una actitud de alejamiento de la misma del mundo de los vivos. No hay reflexión sobre ella y, por lo tanto, hay una pérdida de riqueza en el sentido de la vida, ya que mutila un aspecto crucial para la comprensión de la existencia. Sin la reflexión sobre la muerte se pierde el aspecto limitante que ella ejerce sobre cada instante de la existencia, haciendo que cada instante sea precioso en tanto no repetible. Sin la muerte, en la conciencia se pierde la valoración de las personas y de las cosas que pueblan nuestra cotidianidad. Esta pérdida de significación en la vida cotidiana se ve claramente expresada en los cambios de ritos funerarios y en la creación de espacios para que ocurra la muerte fuera del ámbito doméstico. La muerte ha sido expulsada, pero con ella se va también parte importante de nuestra existencia.



⁵⁷ «(...) la eutanasia activa tiende a evitar el momento de la muerte adelantándose a él. Se trata por tanto de otro modo de huir de ella y vencerla burlando la fatalidad. Es un acto para apropiarse de la muerte antes que llegue y así recuperar el control sobre ella». *Ibidem*, 111.

